

LA ENFERMEDAD DE AMOR EN LUCRECIO Y CATULO: DOS VISIONES OPUESTAS DE UN MISMO TÓPICO LITERARIO

Manuel Cabello Pino
(Universidad de Huelva)

RESUMEN:

En el presente artículo nos proponemos llevar a cabo un análisis desde una perspectiva comparatista de la presencia del tópico literario de la "enfermedad de amor" en la obra de dos autores coetáneos como son Lucrecio y Catulo. Este análisis nos permitirá, no sólo conocer mejor la manera de pensar de cada uno de estos autores, sino, además y más importante aún, mostrar el modo en que el tópico evolucionó con ellos e indagar en las razones de dicha evolución.

PALABRAS CLAVE: tópicos amatorios, enfermedad de amor, literatura pre-augústea, Lucrecio, Catulo, epicúreos, neotéricos, *otium*.

ABSTRACT:

Our intention with the present article is to analyze from the comparative perspective the presence of the literary thopic "lovesickness" in the works of two contemporary authors as Lucretius and Catullus. This analysis will allow us, not only to improve our knowledge of the way of thinking of each one of these authors, but, besides and even more important, it will allow us to show the way the thopic evolutioned with them and to inquire into the reasons of this evolution.

KEYWORDS: love thopics, lovesickness, pre-augustean literature, Lucretius, Catullus, epicureans, neotherics, *otium*.

En la literatura romana la enfermedad de amor se convierte en un tópico ampliamente difundido entre todos los poetas latinos del s. I a.C. en cuyas obras siempre está presente como uno de los motivos más recurrentes, apareciendo incluso con distintos nombres como *malum*, *morbus*, *pestis*, *pernicies*, *vulnus*, o *vitium*. Pero lo cierto es que en cuanto a la forma casi todo lo referente a la metáfora del amor como enfermedad que podemos encontrar en la poesía de esta época, aparecía ya en la literatura griega. Es decir, ahora el cuadro sintomatológico puede ser más amplio o más concentrado, pero los síntomas no varían de unos autores a otros sino que son casi siempre los mismos porque la terminología sintomática estaba ya firmemente

establecida por los griegos. A este respecto las únicas novedades vienen propiciadas por los avances de la medicina que provee a los autores con algún síntoma nuevo y sobre todo por el propio genio creador de estos últimos del que surgen ideas como son la de disponer los síntomas y las distintas fases de la enfermedad en un crescendo cíclico o la de recomendar la práctica de ejercicios placenteros como cura o terapia contra el amor (Mazzinni, 1990: 81).

De este modo la auténtica evolución del tópico no va a concernir a la forma del mismo, sino al tono, a la visión que de él se dé en la literatura, y que hasta ese momento en el mundo griego había sido negativa. En la primera mitad del siglo I a.C. van a surgir en Roma dos corrientes de pensamiento, la primera representada por el epicureísmo de Lucrecio y la segunda por Catulo y sus continuadores los elegíacos. Ambas corrientes se van a sumergir en un intenso debate de carácter filosófico sobre los efectos negativos de la pasión amorosa sobre el ser humano, declarándose unos en contra y otros a favor de la misma, pero influyéndose mutuamente. De esta confrontación saldrá, como veremos, una visión totalmente distinta acerca del amor y su enfermedad de la que existía hasta ese momento.

En las próximas páginas vamos a tratar de explicar todo este complicado proceso, y para ello vamos a empezar por quien es el auténtico motor del debate: Lucrecio.

LUCRECIO.

Lucrecio, con su *De Rerum Natura*, pretende dar explicaciones a una gran cantidad de temas desde la perspectiva siempre de la doctrina epicúrea de la que es seguidor. Uno de esos múltiples temas es el amor, al que dedica los últimos doscientos cincuenta versos del Libro IV. A lo largo de esos versos Lucrecio va a dejar claro que para él la pasión amorosa es una enfermedad muy peligrosa, sobre todo, para el equilibrio mental del ser humano. Para ello, a medida que habla sobre el amor va a ir construyendo el historial médico completo de esa enfermedad siguiendo todas las fases desde el trauma inicial, pasando por la infección hasta el colapso mental total, como si de una auténtica

infección causada por una herida real se tratase. Al mismo tiempo, demuestra conocer perfectamente toda la tradición literaria y filosófica anterior acerca del amor y, además de utilizar el epicureísmo en todo momento como base de su argumentación en contra de la pasión amorosa, va a hacer múltiples referencias (algunas más claras, otras más sutiles) a algunos autores anteriores que ofrecían una visión idílica de esa pasión para darle la vuelta a sus argumentos y así utilizarlos para sus propios fines. En definitiva, para atacar la pasión amorosa y sus devastadores efectos en el enamorado.

Pero vayamos en primer lugar, más concretamente al texto. Lucrecio comienza su disertación acerca del amor recurriendo al motivo de la "herida erótica" tan utilizado por los epigramatistas alejandrinos, especialmente por Asclepiades y Meleagro. Sin embargo, Lucrecio, llevando al extremo dicha metáfora, establece un curioso paralelismo entre la sangre del guerrero herido y el semen del enamorado. Según explica, al igual que la sangre del guerrero herido salta hacia el lugar del que proviene la herida y mancha al guerrero enemigo, el semen del enamorado herido por el dardo de Venus busca al ser expulsado al cuerpo que ha provocado la herida (Lucr. 4. 1037-1057):

Se excita en nosotros aquel semen de que antes hablamos, tan pronto la edad viril robustece los miembros. Pues cada ser es conmovido por una causa distinta, y al semen de un hombre sólo le excita la influencia de una persona humana. Expulsado apenas de las partes donde tiene su sede, el semen se retira del resto del cuerpo y, atravesando miembros y órganos, concéntrase en una determinada región de los nervios y excita al momento las partes genitales del cuerpo. Irritadas éstas, se hinchan de semen, y surge el anhelo de expulsarlo contra el objeto del violento deseo, y el cuerpo busca aquel cuerpo que ha herido el alma de amor.

Pues, por lo general, el herido cae del lado de la herida, y la sangre brota en dirección al lugar de donde el golpe nos vino, y si el enemigo está cerca, el rojo chorro le alcanza. Así, el que es herido por los dardos de Venus, tanto si los dispara un mancebo de miembros mujeriles como una mujer que respira amor por

todo su cuerpo, tiende hacia aquel que lo hiere, se afana en unirse con él y descargarle en el cuerpo el humor que emana del suyo; pues el mudo deseo le presagia placer¹.

Algunos estudiosos de la obra de Lucrecio coinciden en señalar que al tomar esta metáfora al pie de la letra, y describir los mecanismos de la eyaculación de modo paródico como si fuese la representación que el cuerpo hace de la expresión romántica “herida de amor”, Lucrecio está queriendo demostrar al lector lo ridículo y chocante que resulta esa metáfora aplicada a la realidad (Betensky, 1980: 292). Por lo tanto, al parodiar esa metáfora propia de los epigramatistas alejandrinos el poeta filósofo nos está queriendo dejar bien claro su desprecio por ese concepto romántico del amor como algo intrínsecamente agrisado que aquellos propugnaban. Coincidimos plenamente con la opinión de Brown (1987: 133) cuando dice “...thus he transforms a pretty conceit into a vehicle for expressing his personal view that sexual passion is a harmful condition brought about solely by the mechanical effects of *simulacra* and semen”. Es muy interesante esta mención de la palabra *simulacra* ya que es un término muy importante en el discurso de Lucrecio acerca de la pasión amorosa como enfermedad que retomaremos más adelante.

En los versos siguientes el poeta epicúreo pasa a hablarnos sobre la siguiente fase de la enfermedad, esto es, la infección. Y para introducir el tema recurre a una imagen típicamente romántica²: la gota de dulzura que Venus destila en nuestro corazón cuando empieza el enamoramiento (Lucr. 4. 1058-60). Pero pronto nos damos cuenta de que una vez más Lucrecio hace esta referencia de modo satírico ya que seguidamente lo que recomienda es todo lo contrario, es decir, huir de esas imágenes idealizadas del amor que son las que provocan efectos negativos en el ser humano, y por el contrario (Lucr.4. 1064-1072):

¹ Todos los textos de *De rerum natura* se citan según la traducción de Eduardo Valentí.

² Algunos estudiosos como Fitzgerald (1984: 76), Betensky (1980: 292) o Brown (1987) entre otros, han señalado que puede ser una referencia a E. *Hipp.* 525-527.

... volver la mente a otras ideas: descargar el humor acumulado contra un cuerpo cualquiera, antes que retenerlo y guardarlo para un único amor, y procurarse así cuitas e inevitable dolor. Pues la llaga se aviva y se hace crónica si la alimentas, y la locura crece de día en día y se agrava la pena, si no borras la primera herida con nuevos golpes y no la curas de antemano, mientras es reciente, con el trato de Venus vagabunda, o no puedes desviar tu espíritu hacia otros objetos.

Desde este punto en adelante el resto del poema puede interpretarse como unos pequeños *remedia amoris* que parecen un anticipo de los que más tarde escribirá Ovidio³. Y la primera cura para el amor que propone es precisamente algo que se aleja por completo del romanticismo e idealismo que impregnaba toda la literatura anterior que trataba el tema: Lucrecio recomienda como remedio para no sufrir por una sola persona no pensar en ella sino, por el contrario, "desahogarse" con cualquier otro cuerpo aunque no sea el amado. Como señala Fitzgerald (1984: 78) el mensaje que Lucrecio quiere transmitir se puede resumir en que "... the lover must turn his mind elsewhere (1063- 1064) and change the direction of its motion (1072) before love becomes fixed on a single object".

Pero no se queda ahí, sino que de hecho él aconseja abiertamente recurrir a las prostitutas, solución realista y cruda que, a primera vista, puede parecer simplemente fruto de esa ansia de Lucrecio por atacar el romanticismo imperante en la literatura de aquella época, pero que, en realidad, es totalmente coherente con la filosofía epicúrea que él defiende. Y es que, como dice Fitzgerald, si el amor desde la perspectiva del epicureísmo es una enfermedad es porque relaciona los conceptos de libertad y placer, fundamentales para la moral epicúrea, de un modo excluyente y, al no poder alcanzar

³ De hecho hay autores como Shulman (1981: 244) que piensan que los de Ovidio nacen como una reacción, como una parodia de los de Lucrecio, pero éste es un tema que trataremos más en profundidad cuando hablemos de Ovidio.

ninguno de los dos conceptos, nace una obsesión y el alma no está sana sino enferma (Lucr. 4. 1073-1083):

Mas no se priva de los frutos de Venus el que evita el amor, antes elige los placeres que están libres de pena. Pues no hay duda que el goce es más puro para el sano que para el aquejado de pasión (...) porque no es puro su placer y un secreto aguijón les instiga a hacer sufrir aquello mismo, sea lo que fuere, de donde surgen estos gérmenes de furor.

Según Shulman (1981: 243), partiendo de la base de que el placer es el criterio de lo bueno, Lucrecio distingue claramente entre lo que es el deseo físico (y su consumación), que es algo placentero en sí, del amor como un estado psicológico (1073-1121), y recomienda evitar el segundo porque el placer que proporciona no es puro. Con lo que una actitud de cierta independencia respecto al amor sería la que proporcionaría más posibilidades de ser feliz y otorgaría menos oportunidades a la pasión para desplegar sus devastadores efectos. Por lo tanto, Lucrecio ofrece como solución en primera instancia a este problema recurrir a las "Venus vagabundas", ya que con ellas se puede alcanzar un placer puro y mantener a la vez la libertad, de modo que la pasión sexual con ellas se limita a un momento de goce y no se convierte en una obsesión enfermiza.

Por si a estas alturas aún no hemos captado su mensaje, algunos versos más adelante Lucrecio nos ofrece una comparación para que entendamos mejor lo que trata de decirnos (Lucr. 4. 1097-1104):

Como un sediento que, en sueños, anhela beber y no encuentra agua para apagar el ardor de su cuerpo; corre tras los simulacros de fuentes y en vano se afana y sufre sed en mitad del turbulento río en el que intenta beber; así en el amor Venus engaña con imágenes a los amantes; ni sus ojos se sacian de contemplar el cuerpo querido, ni sus manos pueden arrancar nada de los tiernos miembros, que recorren inciertos en errabundas caricias.

Retoma aquí el poeta romano el concepto de *simulacra* que ya habíamos mencionado anteriormente. Para Lucrecio, la pasión amorosa nos hace forjarnos en nuestra mente una imagen idealizada de la persona amada, de modo que luego aunque finalmente consigamos unirnos con la persona amada lo hacemos con la realidad de esa persona y no con la imagen ideal que de ella nos habíamos forjado, con lo que no podremos saciar la pasión despertada por esa imagen y siempre estaremos enfermos (Lucr. 4. 1115-1120):

Por fin, cuando el deseo concentrado en los nervios ha encontrado salida, hácese una breve pausa en su violenta pasión. Vuelve luego la misma locura y el mismo frenesí, y porfían en conseguir el objeto de sus ansias, ni pueden descubrir artificio que venza su mal; así, en profundo desconcierto, sucumben a su llaga secreta.

Y, tras dedicar unos cuantos versos (1121-1140) a explicarnos cuales son esas consecuencias negativas de la pasión amorosa, esos males que se sufren en un amor aunque éste sea “fiel y dichoso”, nos recomienda directamente evitar enamorarnos para así ahorrarnos todos estos sufrimientos (1141-1148). Sin embargo, y como el propio Lucrecio dice (Lucr. 4. 1149-1154):

... aunque estés amarrado y maniatado, podrías escapar del enemigo si no te lo impidieses tú mismo y no empezaras cerrando los ojos a los defectos, morales y físicos, de la mujer que pretendes y quieres. Esto es lo que hacen comúnmente los hombres cegados por la pasión, y le atribuyen en cambio méritos de los que en verdad está ayuna.

Es decir, que para él el enamoramiento no es más que una ofuscación de la capacidad de razonar del enamorado que le impide ver con claridad la realidad de la persona amada (1155-1170). Y Lucrecio les exhorta, en primer lugar, a ser conscientes de que hay en el mundo

otras muchas mujeres iguales o mejores incluso que ella; en segundo lugar, a pensar que si hasta entonces habían podido vivir sin ella, ahora no tiene porque ser diferente; y, en tercer lugar, a ver que la belleza no tiene importancia porque actúa igual la guapa que la fea (1171-1175), y todo lo que hagan debiera ser en vano (Lucr. 4. 1188-1191):

... ya que con los ojos del espíritu puedes sacarlo todo a la luz e inquirir la causa de aquellas risas; o si ella es de buen carácter y no guarda rencor, cerrar a tu vez los ojos y perdonar las flaquezas.

O sea que incluso si ya es tarde y la persona ha caído en esas "redes del amor", según Lucrecio, existiría una "fácil" cura contra los efectos negativos del amor. A estas alturas, sin lugar a dudas, está claro que Lucrecio entiende la pasión amorosa como una enfermedad; de hecho utiliza la misma terminología que ya existía en la lírica helenística adaptándola al latín, por ejemplo *furor* (1069, 1117), *dolor* (1067), *ardor* (1077), *sanus/ insanus* (1075) (aunque siempre los utilice con ese punto de sátira y de burla contra la concepción romántica del amor que aquellos propugnaban), y que él está en contra de ese amor pasional y obsesivo. Pero para Lucrecio se trata de una enfermedad psicológica, de la mente (aunque sus síntomas sean totalmente físicos), que desestabiliza emocionalmente a la persona y le hace perder su autocontrol. Lucrecio se propone sanar esa enfermedad utilizando la mente, la capacidad de razonar. La cura que propone se basa en utilizar la razón para bajar de ese mundo ideal en el que parecía vivir el poeta enamorado en la lírica helenística y, por extensión, en la poesía amatoria romana de contemporáneos suyos, sobre todo, de Catulo.

Y aquí es donde retomamos de nuevo esa idea de *simulacra* que mencionamos al principio. Es decir, no es casualidad que Lucrecio sitúe su discurso acerca del amor, de su enfermedad y de su cura tras habernos hablado de los sueños. Tanto Betensky como Shulman coinciden en que el poeta epicúreo quiere darnos a entender que las imágenes de la persona amada que el amor nos hace crear en nuestra

mente no son menos falsas que los propios sueños, por lo tanto si el amor es incrementado por una ilusión, la solución, el remedio es superar esa ilusión y ver con claridad (Shulman, 1981: 244-45).

Finalmente, la conclusión de este libro cuarto en el que Lucrecio habla sobre el matrimonio ha levantado, sobre todo en los últimos años, una gran controversia, ya que los especialistas no se ponen de acuerdo sobre si se trata de un ataque o de una defensa de esa institución (Lucr. 4. 1278-1287):

Y no es por acción divina o por las saetas de Venus que a veces es amada una mujeruca de escasa belleza. Pues a menudo lo consigue la propia mujer por su conducta, su suave carácter, el aseo y cuidado de su persona, y fácilmente induce a compartir su existencia. Por lo demás, el hábito engendra el amor. Pues lo que es golpeado sin tregua, aunque los choques sean leves, cede a la larga y se derrumba. ¿No ves cómo hasta las gotas que caen en la peña acaban con el tiempo perforándola?

Estos versos fueron interpretados en Roma como una última y muy eficaz cura para la enfermedad que Lucrecio prescribía siguiendo un principio de clara derivación médica que tendrá gran seguimiento entre los médicos medievales: la unión sexual en el ámbito del matrimonio (Ciavolella, 1976: 28).

CATULO.

Y entre tanto, el lacrimoso amante, dejado a la puerta, cubre de flores y guirnaldas el umbral, unge de perfumes las desdeñosas jambas y, en su desdicha, cubre sus batientes de besos; que si fuera admitido, a la primera emanación que llegara a su nariz, buscaría pretextos plausibles para volverse, caería sin objeto la rebuscada elegía largo tiempo ensayada y se acusaría de necio por haber atribuido a su amada más de lo que es justo conceder a un mortal. (Lucr. 4. 1177-1185)

Hay muchos estudiosos que han creído ver en el final del libro IV de *De Rerum Natura* y, sobre todo, en este pasaje que acabamos de citar un ataque o una respuesta a un tipo de vida y a un tipo de literatura que es característico de la Roma contemporánea de Lucrecio, “la nueva poesía”, por su actitud ante el amor, que Lucrecio considera provocadora de enfermedad. En la Roma de la primera mitad del siglo I a.C. existió una élite de ciudadanos que podían dedicar su tiempo de ocio a leer y a escribir poesía amorosa. De esta élite surgió un nuevo movimiento poético que se fundamentó sobre la admiración hacia la literatura griega, especialmente hacia la escuela de Alejandría, y la recuperación de los temas griegos. Son los llamados *poetae novi* o neotéricos, cuya principal figura es Catulo. Pasemos, por lo tanto, a analizar en primer lugar la obra del poeta veronés desde el punto de vista de la presencia en ella de la enfermedad de amor para, más tarde, ver cuál es el fundamento del “ataque” del poeta epicúreo.

Está claro que la idea de que el amor es una locura o enfermedad era un material común en la Roma de la época y, por supuesto, Catulo no iba a ser una excepción. Más bien al contrario, su poesía está llena de referencias al tema. Catulo a menudo alude a una *loca pasión* (Catul. 15. 14), a la *locura de amor* (Catul. 35.12 y 45. 21), a *querer o amar locamente* (Catul. 45. 3 y 104. 3), a *sentirse mal* (Catul. 38. 1-2), a *consumirse de amor* (Catul. 91. 6) o a *entregarse a un cruel amor que atormenta* (Catul. 99. 11-12). Pero son los poemas 50, 51, 64 y 68B aquellos en los que la presencia del tópico de la enfermedad de amor es más importante.

En el primero de ellos Catulo se dirige a su amigo Licinio y le confiesa que, tras pasar una agradable velada componiendo poesía, abandonó su casa tan excitado con su finura y elegancia (Catul. 50. 9-15):

... que ni la comida, desgraciado de mí, me gustaba,
ni el sueño cubría mis ojos con su quietud,
sino que, atacado por una locura , daba vueltas
por toda la cama deseando ver la luz,
para hablar contigo y estar juntos.

Pero cuando mis miembros, agotados de cansancio,
reposaban casi muertos en el lecho⁴...

Estos *signa amoris* que en un principio podrían parecer causados por un amor hacia Licinio, son en general reconocidos por la crítica (Ramírez de Verger, 1988: 160) como la consecuencia del amor de Catulo por el nuevo tipo de poesía que cultivaba su círculo de amigos *otiosi*, es decir, se trata de una traslación del lenguaje típico de la enfermedad de amor al campo de la metapoética, consiguiendo así una interesante *variatio* del tópico.

También supone una interesante *imitatio cum variatione* el famoso poema Catulo 51:

Aquel me parece igual a un dios,
aquél, si es posible, superior a los dioses,
quien sentado frente a ti sin cesar te
contempla y oye

tu dulce sonrisa; ello trastorna, desgraciado
de mí, todos mis sentidos: en cuanto te
miro, Lesbia, mi garganta queda
sin voz,

mi lengua se paraliza, sutil llama
recorre mis miembros, los dos oídos me
zumban con su propio tintineo y una doble noche
cubre mis ojos.

El ocio, Catulo, no te conviene,
con el ocio te apasionas y excitas demasiado:
el ocio arruinó antes a reyes y
ciudades florecientes.

⁴ Para las citas de las *Poesías* de Catulo seguimos la traducción de Antonio Ramírez de Verger (1988).

Este poema, que se cree es el primero que Catulo dedicó a su amada Lesbia, y que, por lo tanto, recrea el momento del flechazo, es una adaptación del famoso poema Safo 31, considerado el catálogo fundamental de la Grecia arcaica sobre los *signa amoris*. Las tres primeras estrofas son prácticamente una traducción del original griego al latín. Sin embargo, la *variatio* llega en la cuarta y última estrofa en la que Catulo “se desvía de Safo, apelando al peligro que puede encerrar una vida “ociosa”, ideal para caer en la “enfermedad” del amor, que arruinaría al propio Catulo como antes a reyes y a prósperas ciudades” (Ramírez de Verger, 1988: 161). Por lo tanto, el poema de Catulo, con ese último toque personal y romano que supone la mención de la ociosidad como origen de la enfermedad de amor, ejercerá a partir de entonces para la poesía amatoria latina la misma función que el de Safo para la griega: la de referente, siendo ese concepto de la “vida ociosa” uno de los pilares fundamentales del ataque de Lucrecio hacia la manera de entender el amor del círculo literario de Catulo, como veremos más adelante.

También tiene una importante presencia el tópico de la enfermedad de amor en el no menos famoso Catulo 64, que narra las bodas de Tetis y Peleo, y dentro de éstas la historia de Ariadna y Teseo. Es en el marco de ésta última en el que encontramos un cuadro clínico bastante completo de la enfermedad de amor de la primera al ser abandonada por el segundo (Catul. 64. 60-70):

La hija de Minos con ojos entristecidos, a lo lejos, desde la algosa
playa lo divisa, como la estatua de piedra de una bacante, lo
divisa, ay, y flota sobre un inmenso oleaje de preocupaciones;
no sujetaba la fina cinta de su rubia cabellera,
no cubría su pecho desnudo con fino vestido,
ni sostenía sus senos de leche con ajustado sostén:
todo, caído de su cuerpo por aquí y por allí,
servía delante de sus pies de juguete a las olas del mar.
Ella, que no se cuidaba de la suerte de la cinta ni del
manto que flotaba, estaba pendiente de ti, Teseo,

perdida, con toda su alma y con toda su mente.

Así como también se nos presenta la escena del enamoramiento de Ariadna cuando ve por primera vez a Teseo y todo lo que luego sufre por él, con una clara referencia al tópico del amor agridulce en el verso 95 (Catul. 64. 86-102):

En cuanto puso en él sus ojos de pasión la princesa
real, a quien un casto lecho de suave perfuma
todavía criaba junto al tierno regazo de su madre,
como el mirto que crece en la corriente del Eurotas
o los diversos colores que nacen en primavera,
no apartó sus ardientes ojos de Teseo,
hasta que todo su ser quedó prendido por una honda
llama y sus entrañas quedaron totalmente abrasadas.
¡Ay, tú que con cruel corazón despiertas desgraciadas pasiones,
divino niño, y mezclas las alegrías y los pesares de los hombres,
y tú que reinas sobre Golgos y el frondoso Idalio,
en qué oleajes habéis expuesto a una doncella de alma
ardiente, que suspira sin cesar por el rubio extranjero!
¡Cuántos temores sobrevinieron a su débil corazón!
¡Cómo con frecuencia quedó más pálida que el brillante oro,
cuando Teseo, deseoso de enfrentarse al cruel monstruo,
buscaba la muerte o el premio de la gloria!

Del mismo modo que en el poema 68B, en el que, agradeciendo a su amigo Alio la ayuda que le prestó en sus relaciones con su amada (supuestamente Lesbia), recuerda todo el sufrimiento que ésta le causó (Catul.68B.51-56):

Pues conocéis los sufrimientos que me causó la doble
Amatusia y de qué manera me abrasó,
cuando yo ardía tanto como la roca Trinacria
y la fuente de Malis en las Termópilas del Eta,
y mis pobres ojos estaban siempre húmedos de llanto

continuo y mis mejillas empapadas de sentidas lágrimas.

Pero realmente la importancia de Catulo para el desarrollo del tópico trasciende la mera presencia de éste en su obra, y no se puede entender si no se tiene en cuenta, al igual que en el caso de Lucrecio, su papel como aglutinador y catalizador de determinadas influencias que favorecen la presencia de la enfermedad de amor, es decir, como eslabón fundamental en la cadena de transmisión del tópico de Grecia a Roma.

Como ya dijimos anteriormente, el grupo de los neotéricos, del que Catulo es máximo exponente, se caracterizó por la revisión de la literatura griega clásica y helenística en sus temas y en sus formas. La poesía en Roma se había limitado hasta ese momento a la poesía tradicional romana y a la épica, dos géneros que evidentemente no eran muy proclives a mostrar los efectos devastadores del sufrimiento de amor. En cambio, todo lo que caracteriza a esta nueva poesía helenizante es favorable a su aparición.

En primer lugar, el gusto por las formas literarias menores, mucho más adecuadas para hablar sobre temas amatorios, como son el epigrama (Catul. 50), el himno, o el epilio (Catul. 68B), y que anuncian la que será años más tarde la elegía amorosa latina, también muy impregnada del tópico de la enfermedad de amor.

En segundo lugar, el gusto por las referencias eruditas y especialmente los temas mitológicos, que evidentemente son siempre muy propensos a mostrar la enfermedad de amor, sobre todo, en las heroínas. Ésta era una tradición en la literatura griega con, por ejemplo, Fedra en el *Hipólito* de Eurípides o Medea en *Las Argonáuticas* de Apolonio de Rodas. Es precisamente Catulo quien la introduce en Roma con su famoso poema 64, en el que nos narra el abandono de Ariadna y su sufrimiento de amor. Éste poema dará lugar a toda una tradición posterior en la literatura latina de heroínas mitológicas que sufren por amor como es el caso de Dido en *La Eneida*, la Medea de Valerio Flaco, la Escila de la *Ciris* pseudo-Virgiliana, la Medea de las *Heroidas* de Ovidio y numerosos casos de las *Metamorfosis*, por citar sólo algunos.

Finalmente, la originalidad a la hora de imitar a los grandes líricos griegos, los cuales, como ya sabemos, habían tratado con profusión el tópico. Esto da lugar a *imitatio cum variatione* de numerosos poemas griegos que trataban el tópico, como la conocida adaptación de Safo 31 que hace Catulo en su poema 51.

Pero, sin lugar a dudas, la aportación más significativa que hace Catulo al desarrollo del tópico del *aegritudo amoris*, la que le va a proporcionar más enemigos (Lucrecio) pero también más seguidores (los elegíacos latinos), es la de introducir en Roma el gusto por las colecciones de poemas de amor subjetivos dedicados a una *puella* amada, que eran muy del gusto de los poetas alejandrinos, y sobre todo el nuevo tipo de relación con la amada que en ellos describe el de Verona. Sabemos que Catulo se enamoró de Lesbia (nombre literario de Clodia) y que vivió con ella una apasionada y turbulenta historia de amor que trasladó a su producción poética. En esa traslación literaria de su relación, Catulo da la vuelta a la visión tradicional de la relación amante-amado propia de la literatura griega mediante una concepción muy particular del concepto de la *fides*, anticipando así esa nueva idea totalmente romana de la *fides* que como ha señalado Márquez (1989) desarrollará más tarde Propercio en sus *Elegías*. Ahora la *domina* tiene un poder total sobre el amante masculino porque éste se declara totalmente dependiente de ella. Esta total sumisión lleva al poeta-amante a sufrir a menudo las violentas pasiones del amor cuando sospecha que su amada no le es fiel y a caer enfermo de amor.

Es este nuevo concepto de la *fides* y de la sumisión, y el mostrar el sufrimiento que provoca, lo que más contribuirá al desarrollo del tópico de la enfermedad de amor, sobre todo, en los elegíacos latinos (de los que Catulo es predecesor), que llevarán todo esto al extremo. Sin embargo, también es su relación con Lesbia y el fruto literario al que ésta da lugar el que, en cierta forma, le enfrenta a Lucrecio.

LUCRECIO VS. CATULO.

Cuando estudiamos a Lucrecio vimos como en el final del libro IV de *De rerum natura* lo que Lucrecio atacaba era un determinado tipo de

actitud romántica, pasional y obsesiva hacia el amor, que era la que él consideraba una enfermedad por alterar el equilibrio físico y psíquico del hombre. Pues bien, hay autores como Betensky (1980: 296) que consideran que:

A particular model that may be useful here is the poet lover in Catullus' love poems. Since Catullus was contemporary with Lucretius, it is reasonable to assume that he represents attitudes with which Lucretius was familiar. Lucretius' satire on love gains even more point if it is read as a commentary on the way of life of the Catullan lover.⁵

Y lo cierto es que la poesía de Catulo parece a veces una mera representación de las ideas del filósofo epicúreo contadas como si fueran experiencias reales vividas en primera persona. Los sufrimientos que padece el tipo de amante al que Lucrecio critica son los mismos que sufre Catulo. De hecho, ambos autores utilizan el vocabulario típico de la enfermedad de amor adaptándolo del griego al latín (*cura, furor, sanus, ardor, flamma...*) a la hora de describir la pasión amorosa. Y, aunque demostrar si hubo influencia de alguno sobre el otro es algo difícil y controvertido sobre lo que los especialistas no se ponen de acuerdo⁵, es evidente que hay una correspondencia casi total entre el ciclo del amante catuliano y el del amante que describe Lucrecio, de modo que "all the stages which Lucretius observes from the outside are described by Catullus from inner experience" (Brown, 1987: 141)

Al igual que hiciera Lucrecio, Catulo nos muestra el flechazo inicial o "herida de amor" y sus efectos devastadores en el amante en Catulo 51 y, como ya vimos, en la *variatio* final introduce un factor propiamente romano y muy importante para la concepción latina de la enfermedad de amor: el de el *otium*, y su peligrosidad. Es el *otium* el que le lleva a pensar constantemente en su *puella*, a obsesionarse y a

⁵ Betensky (1980) por ejemplo se muestra a favor de esta posibilidad, mientras que Brown (1987) la considera poco probable.

enloquecer, siendo éste además un peligro del que también Lucrecio advierte cuando habla de *la lasitud del amante y su asistencia al foro*.

Este concepto de la ociosidad da paso a la segunda fase de la enfermedad que ambos describen, que es la de la pasión obsesiva y enloquecedora motivada por las dudas acerca de la fidelidad de la amada, que se correspondería con la fase de infección en una enfermedad. Es ésta la fase a la que Catulo hace referencia en Catulo 68B. 51-56.

Y la tercera y última fase es la del desengaño, en la que el amante toma conciencia de la realidad de su relación con su *puella*, de la naturaleza enfermiza de la misma, y de la necesidad de intentar curarse de ella. Esta fase la vemos sobre todo en Catulo 76⁶:

Si el hombre encuentra algún placer al recordar las buenas
acciones del pasado, cuando cree haber cumplido sus
obligaciones,
y no haber violado la sagrada lealtad ni en pacto alguno
haber tomado en vano el numen de los dioses para
engañar a los
hombres, muchas alegrías te están reservadas, Catulo,
para el
resto de tu vida de ese amor no correspondido.
Pues todo el bien que los hombres pueden hacer o decir,
tú lo has hecho y dicho.
Todo ha terminado por confiar en un corazón que no ha
correspondido. ¿Por qué, pues, atormentarte más?
¿Por qué no cobras valor y te repones tú mismo
y dejas de ser desgraciado oponiéndote a los dioses?
Difícil es romper de pronto con un amor duradero,
es difícil, pero debes lograrlo como sea.
Es la única esperanza de salvación, es la única victoria que
debes conseguir; hazlo, tanto si puedes como si no.

⁶ Poema del que M.B. Skinner realiza un interesante análisis desde esta perspectiva en su artículo "Disease Imagery in Catullus 76. 17-26", *Class. Philology*, 1987, n° 82, p. 230-233.

¡Oh dioses, si de vosotros es la misericordia, o si alguna vez

habéis prestado una última ayuda en el umbral de la muerte,

contemplad mi desgracia y, si he llevado una vida irreprochable,

arrancad esta peste y perdición,
que, infiltrándose en lo profundo de mi ser como una parálisis,

ha expulsado todas las alegrías de mi corazón!

Ya no pretendo que ella corresponda a mi cariño

o que , ¡imposible!, desee ser pudorosa:

sólo aspiro a curarme y a expulsar esta horrible enfermedad.

¡Oh dioses, concededme esta gracia a cambio de mi piedad!

Llegados a este punto podríamos preguntarnos: si tanto Catulo como Lucrecio entienden ese tipo de amor pasional como una enfermedad y no sólo eso, sino que además coinciden en todas las fases en sus respectivas descripciones de dicha enfermedad, ¿qué es entonces lo que les separa? ¿dónde está el enfrentamiento? La respuesta está en la actitud que adopta cada uno ante esta enfermedad. Mientras Lucrecio lo considera algo reprobatorio y que hay que intentar evitar haciendo caso a la razón, Catulo, aún siendo consciente de los efectos negativos de ese tipo de amor, no puede evitar entregarse a él. Esta actitud de Catulo queda muy bien reflejada y resumida en Catulo 72:

Me decías en otro tiempo, Lesbia, que sólo conocías
a Catulo, y que ni Júpiter anteponías a mí.

Entonces te quise no sólo como el hombre corriente a su
querida, sino como un padre a sus hijos y yernos.

Ahora te conozco: por tanto, aunque me abrasa una pasión

mayor, vales y significas mucho menos para mí.
¿Cómo es posible?, me dices. Porque una infidelidad así
obliga al amante a desear más, pero a querer menos.

Catulo explica a su amada que el maltrato que recibe de ella reduce el amor, el cariño sincero que siente por ella pero, sin embargo, acrecienta la pasión y el deseo que ella le provoca. Y él no puede hacer nada para evitarlo, ya que lo que dicta su corazón es más fuerte que lo que le aconseja su razón. La explicación de esta irracional relación suya con Lesbia la condensa Catulo de manera magistral en Catulo 85:

Odio y amo. ¿Por qué es así, me preguntas?

No lo sé, pero siento que es así y me atormento.

Esta es la máxima que seguirá la poesía amorosa romana posterior a Catulo y, especialmente los elegíacos, que la llevarán al extremo (sobre todo Propertio), y es por ello que será el poeta amoroso romano tan propenso a sufrir la enfermedad de amor, porque cuanto más le hacen sufrir más fuerte se hacen su deseo y su pasión.

Bibliografía

- BETENSKY, A. "Lucretius and Love." *Classical World*, 1980, nº 73, p. 291-299.
- BROWN, R. D. *Lucretius on Love and Sex*. Leiden. New York: E.J. Brill, 1987.
- CARSON, A. *Eros the Bittersweet. An Essay*. Princeton, 1986.
- CATULO. *Poesías*. Traducción, introducción y notas de Antonio Ramírez de Verger. Madrid: Alianza Editorial S.A., 1988.
- CIAVOLELLA, M. *La malattia d'amore dall'antichità al medioevo*. Rome: Bulzoni Editori, 1976.
- CROWTHER, N. B. "Horace, Catullus, and Alexandrianism." *Mnemosyne*, 1978, nº 31, p. 34-44.
- FARRINGTON, B. "Virgil and Lucretius." *AC*, 1958, nº 1, p. 45-55.

- FISCHER, K. D. "Lucretius 4, 1201 and Ovid" *American Journal of Philology*, 1960, n° 81, p. 337-357.
- FITZGERALD, W. "Lucretius' Cure for Love in the *Rerum Natura*." *Classical World*, 1981, n° 76, p. 73-86.
- GRIMAL, P. "L'épicurisme romain" en *Actes du VII Congrès de l'Association Guillaume Budé*. Paris, 1968.
- MÁRQUEZ GUERRERO, M. "La *fides* amorosa de Propertio: componentes helenísticos en un tema romano" en *Actas del VII congreso español de estudios clásicos. (Madrid, 20-24 de abril de 1987)*. Volumen II. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1989, p. 667-672.
- MAZZINI, I. "Il folle da amore" en *Il Poeta elegíaco e il viaggio d'amore*. Bari: Edipuglia, 1990.
- SHULMAN, J. "Te quoque falle tamen: Ovid's Anti-Lucretian Didactics." *Classical Journal*, 1981, n° 76, p. 242-253.
- SOMMARIVA, G. "La parodia di Lucrezio nell'*Ars* et nei *Remedia ovidiani*". *Atene e Rome*, 1980, n° 25, p. 123-148.
- STEARNS, J. B. "Epicurus and Lucretius on Love." *Classical Journal*, 1936, n° 31, p. 343-351.
- T. LUCRECIO CARO. *De la naturaleza. (Volumen II)*. Texto revisado y traducido por Eduardo Valentí. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- TOOHEY, P. "Love, Lovesickness, and Melancholia." *Illinois Classical Studies*, 1992, n° 17, p. 265-286.